

Escrito e ilustrado por
Antoine de Saint-Exupéry

El Principito

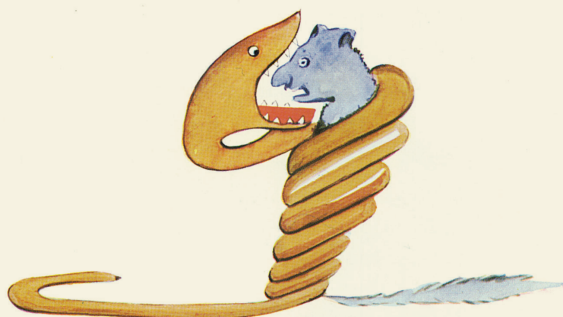
Traducido del francés por
Bonifacio del Carril



Planeta
Junior

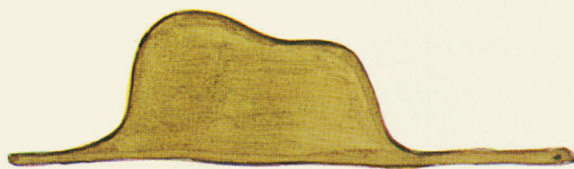
I

Cuando yo tenía seis años vi una vez una lámina magnífica en un libro sobre la selva virgen que se llamaba *Historias vividas*. Representaba una boa que se tragaba a una fiera. He aquí la copia del dibujo.



El libro decía: «Las boas se tragan sus presas enteras, sin masticarlas. Luego no pueden moverse y duermen durante los seis meses de la digestión».

Reflexioné mucho entonces sobre las aventuras de la selva y, a mi vez, logré trazar con un lápiz de color mi primer dibujo. Mi dibujo número 1. Era así:



Mostré mi obra maestra a las personas grandes y les pregunté si mi dibujo les asustaba.

Me contestaron: «¿Por qué habrá de asustar un sombrero?».

Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba una boa que digería un elefante. Dibujé entonces el interior de la boa a fin de que las personas grandes pudiesen comprender. Siempre necesitan explicaciones. Mi dibujo número 2 era así:



Las personas grandes me aconsejaron que dejara a un lado los dibujos de boas abiertas o cerradas y que me interesara un poco más en la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. Así fue cómo, a la edad de seis años, abandoné una magnífica carrera de pintor. Estaba desalentado por el fracaso de mi dibujo número 1 y de mi dibujo número 2. Las personas grandes nunca comprenden nada por sí solas y es agotador para los niños tener que darles siempre y siempre explicaciones.

Debí, pues, elegir otro oficio y aprendí a pilotear aviones. Volé un poco por todo el mundo. Es cierto que la geografía me sirvió de mucho. Al primer golpe de vista estaba en condiciones de distinguir China de Arizona. Es muy útil si uno llega a extraviarse durante la noche.

Tuve así, en el curso de mi vida, múltiples contactos con muchísima gente seria. Viví mucho con personas grandes. Las he visto muy de cerca. No he mejorado excesivamente mi opinión.

Cuando encontré alguna que me pareció un poco lúcida, probé mostrarle mi dibujo número 1, que siempre he conservado. Quería saber si era verdaderamente comprensiva, pero siempre me respondía: «Es un sombrero». Entonces no le hablaba ni de boas, ni de selvas vírgenes, ni de estrellas. Me ponía a su altura y le hablaba de *bridge*, de golf, de política y de corbatas. Y la persona grande se quedaba muy satisfecha de haber conocido un hombre tan razonable.

II

Viví así, solo, sin nadie con quien hablar verdaderamente, hasta que tuve una avería en el desierto de Sahara, hace seis años. Algo se había roto en mi motor. Y como no tenía conmigo ni mecánico ni pasajeros, me dispuse a realizar, solo, una reparación difícil. Era, para mí, cuestión de vida o muerte. Tenía agua pura apenas para ocho días.

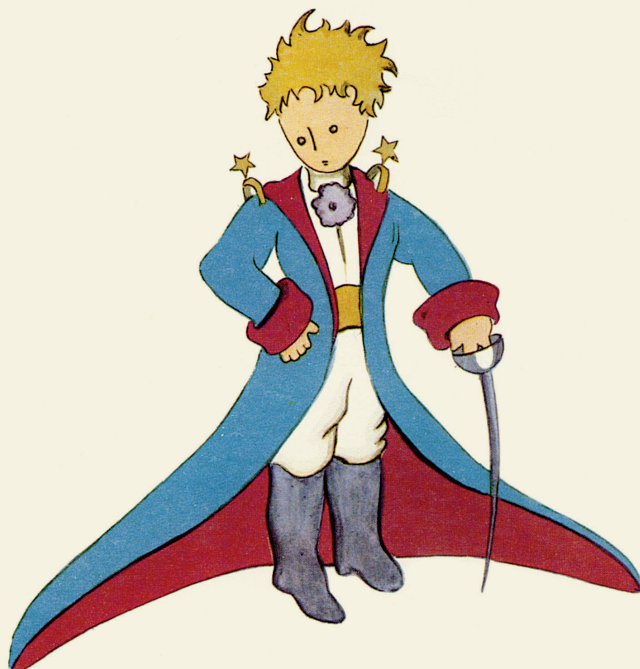
La primera noche dormí sobre la arena a mil millas de toda tierra habitada. Estaba más aislado que un naufrago sobre una balsa en medio del océano. Imagínate, pues, mi sorpresa cuando, al romper el día, me despertó una extraña vocecita que decía:

—Por favor...; ¡dibújame un cordero!

—¡Eh!

—Dibújame un cordero...

Me puse de pie de un salto, como golpeado por un rayo. Me froté los ojos. Miré bien, y vi un extraordinario muchachito que me examinaba gravemente. He aquí el mejor retrato que, más tarde, logré hacer de él. Pero seguramente mi dibujo es mucho menos encantador que el modelo. No es por mi culpa. Las personas grandes me desalentaron de mi carrera de pintor cuando tenía seis años y solo había aprendido a dibujar las boas cerradas y las boas abiertas.



*He aquí el mejor retrato que, más tarde,
logré hacer de él.*

Miré, pues, la aparición con los ojos absortos por el asombro. No olvides que me encontraba a mil millas de toda región habitada. Además, el muchachito no parecía ni extraviado, ni muerto de fatiga, ni muerto de hambre, ni muerto de sed, ni muerto de miedo. No tenía en absoluto la apariencia de un niño perdido en medio del desierto, a mil millas de toda región habitada. Cuando al fin logré hablar, le dije:

—Pero... ¿qué haces aquí?

Repitió entonces, muy suavemente, como si fuese una cosa muy seria:

—Por favor... dibújame un cordero...

Cuando el misterio es demasiado impresionante, no es posible desobedecer. Por absurdo que me pareciese, a mil millas de todo lugar habitado y en peligro de muerte, saqué del bolsillo una hoja de papel y una pluma. Recordé entonces que había estudiado principalmente geografía, historia, cálculo y gramática, y dije al muchachito (con un poco de mal humor) que no sabía dibujar. Me contestó:

—No importa. Dibújame un cordero.

Como jamás había dibujado un cordero, rehíce uno de los dos únicos dibujos que era capaz de hacer. El de la boa cerrada. Quedé estupefacto cuando escuché que el muchachito me respondía:

—¡No! ¡No! No quiero un elefante dentro de una boa. Una boa es muy peligrosa y un elefante muy engorroso. En mi casa todo es pequeño. Necesito un cordero. Dibújame un cordero.

Entonces dibujé. El muchachito miró atentamente. Luego dijo:



—¡No! Este cordero está muy enfermo. Haz otro.
Yo dibujaba. Mi amigo sonrió amablemente, con indulgencia:

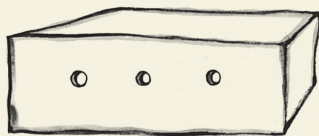


—¿Ves?... No es un cordero; es un carnero. Tiene cuernos...
Rehíce, pues, otra vez mi dibujo.



Pero lo rechazó como a los anteriores:
—Este es demasiado viejo. Quiero un cordero que viva mucho tiempo.

Entonces, impaciente, como tenía prisa por comenzar a desmontar mi motor, garabateé este dibujo, se lo mostré y le dije:



—Esta es la caja. El cordero que quieres está adentro.

Quedé verdaderamente sorprendido al ver iluminarse el rostro de mi joven juez:

—¡Es exactamente como lo quería! ¿Crees que necesitará mucha hierba este cordero?

—¿Por qué?

—Porque en mi casa todo es pequeño...

—Alcanzará seguramente. Te he regalado un cordero bien pequeño.

Inclinó la cabeza hacia el dibujo:

—No tan pequeño... ¡Mira! Se ha dormido...

Y fue así como conocí al principito.

III

Necesité mucho tiempo para comprender de dónde venía. El principito, que me acosaba con preguntas, nunca parecía escuchar las mías. Solo por palabras pronunciadas al azar pude,

poco a poco, enterarme de todo. Cuando vio mi avión por primera vez (no dibujaré mi avión porque es un dibujo demasiado complicado para mí), me preguntó:

—¿Qué es esta cosa?

—No es una cosa. Vuela. Es un avión. Es mi avión.

Y me sentí orgulloso haciéndole saber que volaba. Entonces exclamó:

—¿Cómo? ¿Has caído del cielo?

—Sí —dije modestamente.

—¡Ah! ¡Qué gracioso!

Y el principito soltó una magnífica carcajada que me irritó mucho. Me gusta que se tomen en serio mis desgracias.

Después agregó:

—Entonces ¡tú también vienes del cielo! ¿De qué planeta eres?

Entreví rápidamente una luz en el misterio de su presencia y pregunté bruscamente:

—¿Vienes, pues, de otro planeta?

Pero no me contestó. Meneaba la cabeza suavemente mientras miraba el avión:

—Verdad es que, en esto, no pudiste haber venido de muy lejos...

Y se hundió en un ensueño que duró largo tiempo. Después, sacó el cordero del bolsillo y se abismó en la contemplación de su tesoro.

Imagínate cuánto pudo haberme intrigado esa semiconfidencia sobre los «otros planetas». Me esforcé por saber algo más:

—¿De dónde vienes, muchachito? ¿Dónde queda «tu casa»? ¿Adónde quieres llevar a mi cordero?

Después de meditar en silencio, respondió:

—Me gusta la caja que me has regalado porque de noche le servirá de casa.

—Seguramente. Y si eres amable, te daré también una cuerda para atarlo durante el día. Y una estaca.

La propuesta pareció disgustar al principito:

—¿Atarlo? ¡Qué idea tan rara!

—Pero si no lo atas se irá a cualquier parte y se perderá...

Mi amigo tuvo un nuevo estallido de risa:

—Pero, ¿adónde quieres que vaya?

—A cualquier parte. Derecho, siempre adelante...

Entonces el principito observó con gravedad:

—¡No importa! ¡Mi casa es tan pequeña!

Y con un poco de melancolía, quizá, agregó:

—Derecho, siempre adelante de uno,
no se puede ir muy lejos...

